

## La pregunta perenne sobre D\*s: el enigma de su Ser y de su Estar

*Magdalena de Bingen*

He escuchado y leído diferentes testimonios acerca de D\*s. He percibido algunos elementos contextuales del ayer, del hoy, de los espacios geográficos, de los distintos itinerarios biográficos, de las categorías sociales y culturales que marcan etapas y experiencias, que se asoman con sigilo o con descaro al vocabulario... La muestra es pequeña, pero suficiente y significativa para continuar arriesgando este discurso que, por más que quiera tener otros en cuenta, es, al fin, un discurso mío, discurso propio y, tal vez en algunos sentidos, discurso apropiado.

No dar a D\*s por supuesto es un deber de cualquier persona creyente. La fe no es rigurosa y seria, no puede ser verdadera, más que donde el hueco de la pregunta, la duda, la incertidumbre, es más grande, muchísimo más, que cualquier respuesta y hasta la más fuerte certeza. Es lo que diferencia la fe de la evidencia, eso que tanto nos cuesta aceptar, lo que hace verdaderamente fuerte la apuesta de la fe, una apuesta a vida o muerte. En una u otra concepción de la fe se juega nuestra libertad.

Lejos querría yo, a las mujeres que forman parte de la Vida Religiosa, de esas bobas certidumbres, tan parecidas a las seguridades, que banalizan el riesgo de creer. Quien más quien menos conoce mujeres de fe poderosa que a lo largo de su vida han visto, perplejas, crecer los interrogantes. A medida que iban viviendo y, por lo tanto, entendiendo más (o, mejor, menos) la complejidad de todo, iban viendo agigantarse sus preguntas últimas. Lo sorprendente es que la fe se hacía más y más fuerte. Esta experiencia solo se puede percibir si se percibe su paradoja. En ella, la cercanía de la Divinidad ha ido en aumento en la misma medida en que se iba volviendo inaccesible. Tan propio y tan ajeno a la vez... Sirva este apunte para decir unas palabras sobre la apropiación moderna de D\*s.

### *D\*s y las realidades*

D\*s no es propiedad exclusiva de nada ni nadie: ni individuo ni institución ni grupo ni época ni género. No es exclusivo de lo humano ni de lo natural ni de lo cósmico. Tampoco es exclusivo de los discursos explícitos ni lo es de los silencios ni de las palabras. Mi discurso puede anudarse a otros o puede confrontarse o situarse al lado de otros modos de expresión.

He preferido comenzar negando, que es una manera de intentar delimitar y distinguir. Estas negaciones, por ejemplo, me permiten situarme en relación con algunas corrientes actuales, por ejemplo contra el panteísmo, en el que D\*s es confundido con una determinada representación de la realidad. No puedo fundir ninguna representación de D\*s con el universo o el multiverso; tampoco con la energía o cualquier otra manera

de nombrar la vida y su dinamismo; ni puedo identificarlo con el ser humano o el conjunto de la humanidad, sea cual sea su forma de vida; no se confunde con el *self* jungiano o el *yo interior* del que habla mucha gente actualmente. Por eso, al negar lo anterior afirmo de nuevo eso que hemos solido llamar *otriedad* o *alteridad*, como una manera de diferenciación. Estas palabras podrían interpretarse como un nuevo intento de separación entre realidades: D\*s por una parte, el resto, o no-D\*s, por otra. Aunque no sepa decirlo como debiera, no pretendo separar, sino diferenciar para mejor vincular, unir, “enredar”. Puedo asumir una forma de presencia en todo lo que hoy puede identificarse y confundirse con D\*s, pero solo puedo decir esto si antes he podido negar dichas identificaciones. El discurso sobre la Divinidad elude continuamente las pretensiones sobre su *ser* y reclama aquellas reflexiones sobre su *estar*. Esta propuesta ha incitado el pensamiento de antepasados de la filosofía y todavía incita a otros y a otras de hoy.

Justo es decir que, aunque en la Vida religiosa (quizás más en la masculina que en la femenina, o es que tal vez en la masculina se ve lo que antes permanecía escondido) se han introducido subrepticamente modos propios de la cultura *Nueva Era* bajo modalidades emocionales y de reencantamiento sacral y cultural, no es habitual encontrar, de modo manifiesto, estos intentos de identificar a D\*s con algunas realidades más presentes ahora a la conciencia (la tierra, el yo, la interioridad, el universo, la energía y la vida, la salud, lo integral...). Tampoco estoy segura del juicio que merece esta constatación. Soy consciente de que buena parte de la realidad que conozco es ajena, debido a su edad y su estancamiento cultural, a las novedades que nos rodean. Con respecto a las nuevas generaciones, que, como sabemos, constituyen una minoría, recae la sospecha de espiritualismo que puede contener elementos de estas corrientes de espiritualidad proliferantes, aunque de una forma marginal. Mis temores irían dirigidos más bien hacia la efusividad emotiva de lo sacral, aliada con una peligrosa superficialidad y una predisposición porosa a novedades del momento, pasajeras, que apenas si dejan huella. Tal vez, sobre un fondo de pensamiento débil. Solemos referirnos a ello, sin muchos matices, como a una tendencia “espiritualista”. A quienes la fe no solo es fuente de gozo, sino de sufrimiento y campo de batalla, nos molesta la facilidad con la que mucha gente habla de D\*s en la Vida Religiosa como si fuera de su propiedad, como si su representación de aquello que llama D\*s fuese D\*s, y como si se pudiera olvidar que tenemos antepasados (bíblicos) que lucharon con D\*s, a quien llamaban YHWH y Elohím, quedando marcados después de la lucha. La fe se opone a la blandura, aunque se encuentre muy cerca de la ternura. Esto se aprende, claro está, pero ¿quién lo enseña a las nuevas generaciones de religiosas y religiosos?

La observación de mi entorno me dice que este riesgo no es mayor en las mujeres que en los hombres jóvenes. Las fronteras de género que, a este respecto, nos separaban a los de generaciones medianas y mayores, se han ido difuminando en las más próximas y jóvenes. A mi modo de ver, esto tiene repercusiones prácticas en las que habría que detenerse a reflexionar. Una fe fuerte y probada no necesita barreras identitarias de separación. Una fe vacilante, apoyada en momentos concretos de

exaltación emotiva, por el contrario, necesita de barreras protectoras ante un escenario demasiado plural y multiestimulante. No estoy segura de que las formadoras y formadores se den cuenta de este tipo de problemas. Cuando a esta peculiar debilidad se añade una conciencia de elección como la que se observa en un sector de esta población, el temor de que la fe acabe por banalizarse aumenta.

### *El ser y el estar de D\*s: la perenne paradoja de la trascendencia y la inmanencia*

La teología feminista se ha interesado de una manera diferente a la de otras teologías por las grandes preguntas de la fe, aquellas que han puesto de manifiesto el engaño en el que la religión patriarcal y la Vida Religiosa patriarcal nos ha mantenido a muchas mujeres. La conciencia y la emergencia de las grandes preguntas, hechas ahora en femenino, han sido devastadoras para muchas compañeras y nadie puede echarles en cara su negación y su salida de las instancias e instituciones en las que las mujeres hemos creído creer, no importa la forma que tanto la negación como la salida hayan adoptado. Las que seguimos dentro nos sentimos compañeras, aunque tengamos una forma diferente de afrontar los problemas con los que nos encontramos. Muchas de las que se han “marchado” lo han hecho como consecuencia de tomarse en serio la pregunta sobre D\*s, ese D\*s que ha sido una impostura del patriarcado a las mujeres. En todo caso, lo han hecho en el ejercicio de su libertad.

La teología feminista se ha preguntado hace décadas, y lo seguirá haciendo durante muchas más, por la cuestión de la trascendencia y la inmanencia divinas. Por el Ser y el Estar de D\*s. La teología bíblica no admitiría esta diferencia, puesto que el D\*s bíblico “*es*” *estando* y “*está*” *siendo*. No obstante, permítaseme la distinción para facilitar la reflexión.

La teología feminista ha incidido de manera particular en la posibilidad de pensar sobre el *estar* de D\*s, sobre la *forma de presencia* (manifestaciones, o expresiones, si queremos). Es en ella donde muchas mujeres podemos explorar experiencias en el pasado. Una exploración que conecta lo anterior con lo posterior mediante un hilo rojo que pone su énfasis en la inmanencia. El énfasis no niega la *otredad-alteridad* total, o trascendencia, sino que se centra en el estar de D\*s en las cosas, en la forma en que percibimos y captamos su presencia. Más aún: la inmanencia remite a la trascendencia y no se entiende sin ella. En este sentido, se remite a la tradición bíblica. Cuando las mujeres que hacemos teología feminista enfatizamos la dimensión inmanente de la Divinidad, afirmamos, de otra manera, su trascendencia. La trascendencia es la que urge e impulsa la percepción, la conciencia y la reflexión sobre la inmanencia. Si D\*s es trascendente, ¿cómo tenemos noticia de él/ella?, ¿cómo es posible explicar la cercanía de la que da cuenta nuestra experiencia?, ¿cómo mirar con el rabllo del ojo esa luz invisible que es imposible afrontar de frente porque, como dicen simbólicamente algunos personajes bíblicos, nos haría morir, nos dejaría en la ceguera?

La fuerte apuesta por la inmanencia divina ha tenido, y tiene, la virtud de explorar la realidad cotidiana en su profundidad. Esta exploración presenta un problema cuando se parangona con los discursos teológicos masculinos, un problema que se refleja claramente en el vocabulario. El bagaje lingüístico de la inmanencia, que pone la mirada atenta en la realidad ordinaria, es también un bagaje cotidiano, para algunos, incluso puede considerarse vulgar. Las categorías son habituales, de la normalidad diaria y de las cosas que nos afectan en nuestra época y cultura. Desde luego, no deja de ser un escollo, pues poder expresar tanto la exploración de la realidad diaria como los resultados, muchos de ellos de la dimensión de la experiencia, en la clave de la inmanencia divina, supone el riesgo de confundir la palabra y el pensamiento con la misma realidad. Este escollo hace necesaria una cierta “traducción” en categorías de índole abstracta, que no significa alejadas de lo ordinario, sino distanciadas de la posible banalización. Ante esta situación, propongo perderle el miedo a las palabras.

A este escollo podemos sumarle otro: la teología feminista ha necesitado, y sigue necesitando, categorías nuevas y lenguaje nuevo y fresco para poder explorar y referir nuestro discurso sobre D\*s y sobre la fe. Muchas de nuestras antepasadas tuvieron que hacerlo, algunas de las cuales consideramos ahora benditas por ello. La importancia que tiene la recuperación histórica de estas antepasadas nuestras, con sus escritos, no supone ninguna excusa para no realizar el esfuerzo que necesitamos hoy. Nuestro mundo y nuestra manera de verlo y de expresar la realidad son muy diversos. Nada ni nadie nos ahorra el esfuerzo.

La exploración de la realidad con las mismas categorías de esa realidad es el primer paso para rastrear las huellas de la inmanencia divina. Esta tarea, creo yo, es propia de una forma de vida como la Vida Religiosa, que parte del supuesto de que lo más importante es D\*s y cuyo sentido, supuestamente, no se entiende más que si se toma a D\*s en serio. Probablemente, estas afirmaciones más pongan en apuro a muchas mujeres que profesan como religiosas. No será, sin embargo, por falta de medios y ocasiones. La estructura (tanto la monástica, como la versión *light* monástica que es la Vida Religiosa apostólica) favorece tiempos y medios para esta exploración. Las constituciones mencionan la obligación de la oración y regula las actividades del culto, junto con la formación, en medio de otras actividades y en medio de la misión concreta. La suma de tiempo es tan alta que puede marear. Los resultados, sin embargo, no responden a la medida o a la estadística de la dedicación. ¿Qué falla?

Rastrear las huellas divinas en la cotidianidad no es fácil. Podría parecerlo, pero nada más lejos de la realidad. Con frecuencia, pensamos y sacamos conclusiones acerca de la presencia divina en lo cotidiano con categorías más que dudosas. Por ejemplo, las propias de los rezos y devociones, las del culto, o una lectura superficial y literalista de las Escrituras que, en el mejor de los casos, calcamos sobre la realidad como si de una plantilla *ad hoc* se tratara. Si quisiéramos rastrear la misericordia divina en nuestro entorno, en nuestro mundo, cercano y lejano, en seguida nos tropezaríamos con el gran problema del mal, la injusticia, las víctimas y el inmenso sufrimiento que nos rodea. ¿Cómo puedo rastrear las huellas inmanentes de un D\*s de misericordia en este negro

agujero del mal en el mundo?, ¿qué quiero decir cuando afirmo que D\*s es justo y es la bondad, o cuando aseguro que se ocupa de los más desamparados? Por no mencionar, concretamente, los problemas que conlleva esta exploración cuando lo hacemos con la parrilla mental (categoría) de la cruz cristiana, de la redención de Jesús. ¿No es cierto que nuestras palabras pueden sonar tremendamente banales e insultantes, tanto si las predicamos de la Divinidad misericordiosa y buena, como de la realidad de nuestro mundo? Estamos ante un serio desafío en cuanto a nuestra condición tanto de mujeres de fe, como de mujeres que hemos profesado, de alguna manera, no ya hablar de la presencia inmanente de D\*s en la realidad, sino ser evocación de esa misma presencia. A mí, sinceramente, me produce mucho, muchísimo respeto.